

sentimiento. Esa es la misión del arte y de la poesía.

Encender a los pueblos en santo amor a la humanidad y moverlos a realizar, a costa de los mayores sacrificios, las ideas que material o moralmente han de redimirlos fue en largos periodos de la historia la tarea de las religiones, y no puede menos de ser la tarea de la poesía y del arte. ¡Cómo! ¿habría de concurrir todo al fin social menos el arte y la poesía? ¿Habría de contribuir todo a mejorarnos, y sólo la poesía y el arte mirarnos con indiferencia, cuando no pervertirnos? Los hombres todos, poetas, artistas, filósofos, sabios, industriales, braceros, propietarios, gobernantes, súbditos, todos nos debemos a la humanidad de la que somos miembros y hemos recibido y recibimos el inmenso material de que disponemos para cubrir todas las necesidades y llenar todos los fines de la vida. ¿Qué vale lo que podemos en cambio darle, aun consagrándole por entero nuestras facultades y fuerzas?

El arte no llena su fin como no se apodere de las ideas que van surgiendo en el espíritu, y las calienta al fuego del corazón, y les dé forma en la fantasía, y las arroje vivas y brillantes al seno de las muchedumbres y las encarne, por decirlo así, en la conciencia de los pueblos, y las haga el lábaro y la fé de las gentes, y las arrastre por ellas aquí a los comicios, allí a las calles, acullá a los campos de la lucha.

Debe el arte no sólo caldear la idea que nace, sino también combatir las destinadas a pronta muerte, hacerse eco de los gemidos que arrancan, pintar con energía los males que engendran, condenar el egoísmo de los que las sostienen, ponerlos en duro contraste con los que sufren, y hacer brillar sobre todas las almas heridas la luz de la esperanza y el sol de la justicia. Debe animar a los pueblos con los triunfos antes obte-

nidos, con la apoteosis de los héroes y los mártires que en otros tiempos los condujeron a la victoria o por ellos derramaron su sangre. Debe inflamarlos en noble cólera contra los opresores, contra los que beben en impuras orgías las lágrimas del pobre, contra los que erigen el vicio y el crimen en norma de vida. Debe, en una palabra, depurar todas las conciencias y levantar todos los corazones.

Debe el arte también ennoblecer el trabajo, pintar y celebrar las conquistas de la industria, coronar de flores a cuantos ensanchen el poder del hombre, derramar torrentes de poesía sobre las generaciones que van trasformando la faz de la tierra, alentar todas las grandes empresas y divinizar a los genios que las han hecho posibles por el descubrimiento y la aplicación de las leyes del universo.

Mas para esto es preciso que el arte salga de su aislamiento, viva de su siglo, participe de nuestras alegrías y nuestras amarguras, asista a nuestros espectáculos, a nuestras victorias y a nuestros desastres, descienda al fondo de nuestras sociedades, conozca y comprenda las múltiples manifestaciones de nuestra vida. De otra manera mal ha de traducir ideas que no conozca, tronar contra lo que no sienta. Porque vive aislado, es frío, formalista.

El arte ha sido y ha debido ser la expresión de lo infinito mientras ardía la fé en el corazón del hombre, y era el cielo la sola esperanza de los que sufrían, y para el cielo se dejaba el reinado de la justicia, y se miraba el sepulcro como la puerta de la vida, y se tenía la tierra en que vivimos como un valle de lágrimas y un lugar de prueba. Los tiempos han cambiado. Las creencias mueren, la duda se entroniza en los espíritus, el hombre se siente con fuerzas para conseguir en este mismo planeta el bien y la justicia, y empieza a reconocerse como parte